

XXX.

¡Qué fé, qué inspiracion, qué poesía
Aspira en esta nave solitaria
Exaltada esta tarde el alma mia!
¡Cómo en este primor de imaginaria
Del Borgofion Felipe me estasía
La escena angustiadora y tumultuaria,
En que la imájen de Jesus divina
Inocente al patíbulo camina!

XXXI.

¡Oh poder misterioso, oh fé del arte!
En esta maravilla de escultura,
Se vé que el hombre en su alma tiene parte
De aquella esencia creadora y pura
Con que Dios le hizo á él: Dios la reparte
En almas aptas á crear, y dura
En sus obras la chispa creadora
Á cuya luz quien créa las vé y adora.

XXXII.

Esa imájen del Cristo que camina
Por el ajeno crimen al suplicio,
De ese pueblo feroz que le asesina
Y le escarnece audaz entre el bullicio....
Del pueblo que hoy ante el se arremolina
Para verle marchar al sacrificio,
Como ayer á aclamarle se agolpaba
Cuando triunfante en la ciudad entraba,

XXXIII.

Hace en mí una impresion inesplicable.
Esa escultura al contemplar, me siento
Estasiado en un doble é inefable
Artístico y piadoso arrobamiento.
Paréceme imposible que no hable
Ni se ponga ese cuadro en movimiento:
Y la figura mística del Cristo
Me hace acordar... de un hombre á quien he visto.

XXXIV.

Libre de culpa y de virtud ejemplo
Contempla al Redentor mi fé cristiana...
Mas.... ruje el huracan fuera del templo,
Y á intervalos la imájen soberana
Á la luz del relámpago contemplo.
Esa escultura ¡aberracion insana!
Me hace acordar del buen Maximiliano
Á merced del furor republicano.

XXXV.

Estalló al fin la tempestad violenta:
El viento las vidrieras estremece;
Y desencadenada la tormenta,
Que vá á arrancar la Catedral parece.
Culebréa el relámpago: revienta
El trueno: el agua cáe: desaparece
La luz.... ya no distingo las figuras
Santas de las marmóreas esculturas.

XXXVI.

¡Qué tempestad, Dios mio!... ¡qué medrosa
Soledad! Vago y temeroso ruido
Llena la oscuridad, que pavorosa
Por capillas y naves se ha estendido.
Estremécese el suelo en que reposa
La fábrica maciza al estallido
Del trueno, y del relámpago á la llama
La tenebrosa oscuridad se inflama.

XXXVII.

Qué efecto tán fantástico producen
En mi imaginacion las llamaradas
De luz intermitente, que introducen
Su fulgor en las bóvedas sagradas,
Y á sus puntos más lóbregos conducen
Olas de luz sulfúrea descarriadas
Que, al alumbrar los lóbregos rincones,
Les pueblan de fantásticas visiones!

XXXVIII.

Es la primera vez que me amedrenta
La soledad de un templo, y que me espanta
La voz con que habla Dios en la tormenta.
Siento algo que en la sombra se adelanta:
Algo percibo que en la sombra alienta:
Presa me siento de pavora santa. . . .
Crée mi fé... aunque mi espíritu fluctúa...
Que un misterio en la sombra se efectúa.

XXXIX.

¡E relámpago!... ¡Dios! ¡qué es lo que he visto
En el cuadro de piedra? tengo miedo—
Á la fulgúrea luz creí del Cristo
Ver la figura andar.... mover no puedo
Los piés. ¡Otro relámpago!... ¡oh resisto
En vano á la evidencia... el rostro ledo
Volvió hácia mí la imájen... No respiro
De pavor—Oh prodigio! Yo deliro.

XI.

Esa escultura vive!—una armonía
Imperceptible cási en ella suena,
Que de santa y febril melancolía
El embargado espíritu me llena.
Un incoloro albor de opaco día
Comienza á herir la escultural escena:
Y á su mística luz la piedra inerte
En vision á mis ojos se convierte.

XLI.

Todo en el cuadro escultural se mueve:
Las figuras de piedra se adelantan
Detrás del Salvador, con pié tan leve
Que rumor con sus pasos no levantan
Al marchar por el campo del relieve.
No oso á Jesus mirar, porque no aguantan
Mis pupilas la luz y la belleza
De su gloriosa y celestial cabeza.

XLII.

Del cuadro, trás Jesus, desvaneciendo
Se van del Borgoñon las esculturas,
Y de Jerusalem á él van saliendo
Por la puerta de piedra otras figuras:
Cuya presencia bien áun no comprendo,
Mas de quienes por bustos y pinturas
De relieves, sepulcros y paisajes
Reconociendo voy los personajes.

XLIII.

Cuanto la fé, el valor y la grandeza
De la España á la América eslabona,
Pasa ante mí: la histórica nobleza
Que recibió á Colon en Barcelona;
Fernando é Isabel que á su cabeza
Cifien ya de ambos mundos la corona;
Y Beatriz Galindo la Latina,
Entre Guttémborg y Colon camina.

XLIV.

Los monjes de la Rábida, el aliento
De la fé de Colon, de quienes queda
La memoria en el gran descubrimiento:
Juan de Grijalva y Álvarez Pineda,
Modelos de constancia y ardimiento
Con Vespucio, Solís, Pinzon y Ojeda:
Y el Papa que los mares con su mano
Partió, cual Dios del mundo soberano.

XLV.

Luego trás de Cortés los compañeros
De su sin par homérico heroismo.
Las-Casas, con los santos misioneros
Que llevaron la luz del cristianismo
Á la idólatra Mexico: primeros
Mártires del rencor, el egoismo
Y la ambicion fatal de una raquíca,
Torpe, y errónea y suspicaz política.

XLVI.

Cárlos quinto, ya monje, del convento
Con el traje claustral, su dinastía
Austriaca tráe en pos, con paso lento,
Torva faz, y mortal melancolía.
Cuantos al trono ó á la fé alimento
Dieron ó gloria á México algun dia,
Los obispos, los jueces, los vireyes
Que le dieron fé, paz, gobierno y leyes.

XLVII.

Los mercaderes íntegros y honrados
Que luego opulentísimos señores,
Fueron en sus incultos despoblados
De ciudades y puertos fundadores.
Los que dieron el nombre á sus estados,
De su vida social los creadores
Dando á las tribus bárbaras indianas
La honradez y la lengua castellanas.

XLVIII.

Todo este lento y silencioso bando
De evocadas históricas figuras,
Se va sobre el relieve colocando
En lugar de las santas esculturas:
Y un ancho semicírculo formando
Y del paisaje ampliando las anchuras,
Del postigo de piedra el paso franco
Dejan, y enfrente de él un cuadro blanco.

XLIX.

Yo no sé qué de horrible me acongoja
Viendo en el cuadro el pórtico judío,
Al que un poder incógnito despoja
De sus figuras ante mí vacío.
Yo no sé qué de horrible se me antoja
Que vá á salir por él: marmóreo frío
Como acceso febril me sobrecoje;
El corazon no late y se me encoje.

LIX

Mis pupilas devoran el oscuro
Hueco cancel de la ciudad impía,
Que libre deja en el judío muro
La evocación ante la vista mía.
Siento tras él un paso igual, seguro,
De tropa... héla allí ya... una compañía
De rifleros... ¡Dios mío... yo me pierdo
De ese tren militar tras un recuerdo!

LI

¡Sueño, visión; delirio... los antojos
Disipa con que el alma me acongojas!
Sondar me aterra lo que ven mis ojos:
De lanzas y de sables hierros y hojas...
Rojas divisas... uniformes rojos...
¡La librea imperial!... no... ¡blusas rojas!
¡Forman el cuadro! ¡Quién? ¡delirio insano!
¡Él... es él! ¡mi infeliz Maximiliano!

LII

¡Prisioneros con él sus jenerales
Dentro del cuadro... Miramon, Mejía...
Los últimos.. los únicos leales
Al pendón de la hundida monarquía!
¡Vivos! Fué vuestro afán! Sois liberales
Los que bebeis su sangre á sangre fría!
Él me vé... me sonríe... se adelanta
Hacia mí... me vá á hablar ¡víctima santa!

LIII

Habla, te escucho; que en mi oído suene
Tu simpática voz mansa y serena,
Por la postrera vez, aunque me llene...
Aunque me parta el corazón de pena.
Háblame aunque la vida me envenene
Tu última frase de amargura llena.
Pon fin á la agonía con que luché:
Habla... aunque sea un sueño: ya te escucho.

LIV.

MAXIMILIANO.

“Oye: la tierra entera me abandona.
“Dios sea juez de los que á tal abismo
“Me han arrastrado: mi alma les perdona!
“Dios me basta: aquí en paz conmigo mismo.
“La tradicion histórica me abona,
“Acompáñame el viejo cristianismo,
“Y asisten á mi muerte desastrada
“La fé y la gloria de la edad pasada.

LIV.

“Francia.... se hizo á la mar: Roma me olvida;
“Pero pierden conmigo estas rejiones:
“La Iglesia queda trás de mí vendida,
“Muertas las europeas tradiciones.
“Lo que México mata no es mi vida:
“Lo que á la boca aquí de sus cañones
“Tiene de su república la tropa,
“Es la vida en América de Europa.

LVI.

“Conmigo aquí que su poder abdique:
“De los Hapsburgos hóstia espiatoria,
“Que la posteridad me justifique.
“Ni una palabra tú. Dios y la historia
“Hablarán: deja á Dios que me vindique:
“Mas si vuelve á Carlota la memoria...
“Conocerá tu voz... díla que muero
“Cristiano, Emperador y caballero.”

LVI.

Dijo así: saludóme con la mano;
Tomó lugar entre sus dos leales
Mejía y Miramon, Maximiliano,
Y ofreció á los fusiles liberales
La noble faz y el corazon cristiano.
Precision militar juntas é iguales
Las armas asestó contra su seno:
¡Fuego!—dijo una voz—y estalló un trueno.

LVIII.

Sueño, vision, delirio... á su estallido
 Todo se disipó: letargo breve
 Me embargó: y al volver despavorido
 De él, trémulo de afan miré el relieve.
 Sus figuras de piedra no han perdido
 Su inmóvil posicion: nada se mueve:
 La lluvia cesa, el huracan se calma...
 Queda la tempestad sólo en mi alma.

LIX.

¡Oh leal monarca bueno,
 Que pudiendo tu persona
 Rescatar con tu corona
 Arrojándola á la mar,
 De egoismo ruin ajeno,
 De tu buena fé en abono
 Tu cabeza al pié del trono
 Preferistes arrojar;

LX.

Como en Cristo en tí han befado
 De una ley las tradiciones,
 Y el error de las naciones
 Te arrastraron á espiar:
 Como á Cristo te han llevado
 Á traicion al sacrificio,
 Mas como Él en el suplicio
 Encontrastes un altar!

LXI.

¡Santo mártir! ¡Cuál seria
 De tu espíritu la pena
 Al morir en tierra ajena
 Como infame salteador!
 Yo te veo en tu agonía
 Como á Cristo en el Calvario
 Espirando solitario,
 De tu raza redentor.

LXII.

De tu crónica funesta
Viva página arrancada
Para dar, por Dios salvada,
Testimonio de tu fé,
Con mi voz desde la cresta
De un peñasco de Castilla,
Como el buho y la abubilla
Las tinieblas turbaré.

LXIII.

Y si al són de sus cañones,
Presa en guerra ya cercana,
Olvidar puede mañana
Europa al Emperador,
En los viejos paredones
De su albergue castellano
Llorará á Maximiliano,
Mientras viva, Su Lector.

LXIV.

Dios, que libras las naciones
Y las cargas de ódio y yugos;
Dios, que Juez de los verdugos
Y las víctimas serás;
Dios, que el sello á todo pones,
Yo á tus piés por ÉL orando
No venganza te demando....
¡Dios, justicia nada más!

